Las cicatrices del dragón

Jorge Braña Segura

LAS CICATRICES DEL DRAGÓN

Jorge Braña Segura

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2025
© Jorge Braña Segura, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-89-5
THEMA: FB - FBA - FJMV
DEPOSITO LEGAL: M-10426-2025

A los niños que mueren, sufren, o pierden
la inocencia durante los conflictos armados.

CAPÍTULO 1

I.

DOS SEGUNDOS

Al voltear el alcaparro, Miguel se encontró sorpresivamente con el niño. Estaba sentado sobre un tronco, escondiendo algo bajo su pierna izquierda, y lo miraba horrorizado. Su primera reacción fue sacar la pistola, pero un extraño instinto lo retuvo. El bulto redondo bajo la pierna del chico exudaba a muerte. «No te voy a hacer daño», le gritó. El niño, de siete u ocho años, lo miraba con sus ojos desorbitados y su barbilla temblante, incrédulo ante las señas con que el hombre trataba de tranquilizarlo. Miguel había reconocido el óvulo mortal, lo había visto por primera vez, de joven, en una casona en el valle arrocero de An Giang, en Vietnam, donde un oficial sud-vietnamita había incinerado una familia de campesinos que se escondía en un pozo. El chico lo apretaba con su mano izquierda, bajo la pierna, bastaría que lo soltase por dos segundos para que ambos volaran en pedazos por el aire. Miguel midió rápidamente la distancia entre ellos, y se dio cuenta de que las probabilidades de arrebatarle el artefacto de

un salto y lanzarlo lejos eran mínimas, e imposible si el chico se resistiese.

—Mira, voy a dejar acá mi pistola, para que veas que no la usaré —le dijo—. Te juro que no te voy a hacer daño. —Los ojos del hombre y del chico se encontraron, se hablaron en silencio, desesperados, danzando en el precipicio de la muerte.

Sin saber de dónde le salían las palabras, Miguel comenzó a jurarle que no le haría daño, que lo iba a proteger, que estaría a salvo de los uniformados que hablaban otro idioma, que si fuese necesario se encargaría de él, lo cuidaría. El chico lo escuchaba sin comprenderlo, escuchaba las palabras, conocía el idioma, el hecho de que hablara español abría una pequeña llamita de confianza, captaba el tono que quería ser amistoso, mas era desesperado, pero las palabras mismas le pasaban de largo, así como un cachorro que no entiende las palabras del humano pero capta el tono. Pero de qué cuidado hablaba el hombre, él solo quería que las cosas volvieran a ser como antes, como anoche, que cenaba en el patio de su casa, con su madre, su abuela, su tía solterona y su hermana mayor. Esta mañana ya no existía ninguna de ellas, ni la casa, ni la mesa de patio, ni siquiera sus perros, todo destruido en ráfagas de fuego, en medio de un ruido infernal, los disparos, el lanzallamas, los gritos de la abuela, su carrera alocada hacia la casa de don Jacinto, que era el lugar donde querían llegar los soldados, pero ya no

había nadie, y donde agarró la bomba platillo que el hijo de don Jacinto alguna vez le había explicado cómo funcionaba:

—Nunca aprietes aquí, si lo haces no lo sueltes, si lo sueltas explotará; tienes dos segundos para tirarlo al enemigo, así, como jugando al *frisbee*…

Pero él ya lo había apretado, por si se acercaba algún atacante, y no estaba seguro si le importaba morir o no; tal vez en el cielo se juntaría con su madre y sus abuelos, podría jugar con su hermana, quizá lo estaban esperando.

—Tíralo a la zanja —le dijo Miguel, apuntando con su mano—. Allá, a tu izquierda No me mates, no te mates a ti mismo, déjame abrazarte —insistía casi al borde de las lágrimas—. Te protegeré, te cuidaré como si fueras mi propio hijo.

Miguel se arrodilló para nivelar sus ojos con los del chico, y tratando de mantenerse calmado, porque percibía que su desesperación no estaba ayudando, le contó un pedacito de su historia:

—Yo tuve una hija, era muy linda, traviesa, inteligente, tenía tu edad cuando un señor borracho en un auto la atropelló. Murió camino al hospital. De pura tristeza, mi esposa y yo acabamos separándonos. Después de eso, nunca más tuve hijos.

El chico lo observaba inmóvil, pero algo estaba cambiando en su mirada, como si estuviese aterrizando de un lugar muy lejano, y entonces el hombre se

atrevió a seguir. Le contó sobre sus pesadillas, como de joven lo habían enviado a una guerra en un remoto país a donde no quería ir, y allí había visto cosas atroces, que trató durante años de olvidar, pero se le aparecían en sueños y no lo dejaban dormir en paz. Como se calmó enamorándose y cuidando a su hija, y durante un tiempo durmió tranquilo, hasta el accidente. Como había venido a este país reclutado por su experiencia en protocolos de radiotransmisión, así como cuando la gente se habla por *walkie-talkie*, le explicaba, y le habían pasado un arma, pero él ya no le disparaba a nadie, había jurado no hacerlo nunca más en su vida, y creía estar ayudando a combatir la droga, que envenenaba a muchos jóvenes, incluso niños como él, pero se había dado cuenta de que el combate era cruel como en todas las guerras, y se quería ir de vuelta a su país natal.

—Yo nací al lado de las montañas, tan altas como las de aquí en Colombia, en una ciudad llamada Mendoza, y siendo niño mis padres se mudaron a Florida, en otro país. Ahora quiero volver a Mendoza, comprarme un terreno, sembrar tomates, acelgas y zanahorias, tener un perro, tal vez dos, y por qué no, un gato, unas ovejas; y si tú no tienes familia, podrías venir conmigo, yo hablaré con los soldados para que te dejen, uno de los perros sería tuyo, y me ayudarías a cuidar a las ovejas.

Ante el horror de Miguel, el chico levantó su pierna, pero con un gesto rápido hizo volar el platillo hacia

la izquierda, en dirección a la zanja, como si fuera un *frisbee*. Miguel saltó, le agarró un brazo y se tiró con él al suelo; cayeron ensordecidos por el estruendo, mientras una nube de piedras y tierra caliente se desparramaba en todas las direcciones. Abrió sus brazos y el chico se dejó abrazar, y hombre y niño lloraban abrazados, sus cabezas negras de lodo, mientras el sol se iba asomando por arriba de la cordillera, iluminando paulatinamente los cafetales.

Los titulares de la prensa declararon al día siguiente una importante victoria en la guerra contra las drogas, alabando las acciones del ejército colombiano y de las fuerzas especiales estadounidenses que prestaron apoyo. Las operación concluyó, más tarde ese año 1995, con la captura de uno de los líderes del Cartel de Cali por un grupo élite de inteligencia de la policía.

II.

ADIÓS AL DÍA

Arturo llenó la vasija con el agua del pozo. Le bastaron dos subidas del balde para hacerlo. Otras veces, cuando el pozo estaba casi vacío, tenía que bajar y subir el balde cuatro o cinco veces para lograrlo. El sol comenzaba a esconderse tras la cordillera, pronto se haría de noche y comenzaría el frío. Una leve brisa mecía las hojas de dos altepes plantados a un costado del pozo. Las ranas habían comenzado a croar, el chico podía ver una en un charco de barro a unos metros de distancia; la rana se creía escondida tras unos arbustos bajos. Un globito de piel se inflaba a cada costado de su pecho con cada nota que emitía. Se quedó mirándola unos segundos. Pero no podía tardar, había que prender las velas. Es cierto que era una molestia estar sin luz, pero también era mágico estar a la luz de la vela. Gustaba del misterio de las sombras tintineantes en las paredes, que le provocaban entre miedo y admiración, sentarse frente a una vela a inventar figuras de sombra con sus manos. Caminando con cuidado llevó la vasija hacia

la casa, a unos doce pasos del pozo. Era la tercera que llenaba, y con eso tendrían para pasar la noche. A esa hora, cuando el sol los abandonaba para irse a las costas de Chile, al otro lado de la cordillera, y una mano invisible esparcía pinceladas rojo naranja desordenadamente por el cielo, solían sentarse a tomar el té o a matear y comerse un bocadillo. Los tres, cuando estaba Lucía. Ella venía los viernes y se quedaba hasta el domingo. Era linda Lucía, con su cabellera pelirroja y sus sandalias color lila que dejaban entrever sus menudos pies. Pero hoy no tenía hambre. Se había comido cuatro pedazos de pizza al almuerzo, su favorita, de masa delgada, con piña, rúcula y champiñones. Lucía era vegetariana, cuando ella venía la cena era distinta, pero igual sabrosa. Tomó los fósforos largos y encendió las velas una a una, tratando de hacerlas todas con un solo fósforo, era su desafío, pero tuvo que apagarlo porque se estaba quemando. Necesitó dos. El parpadear de las velas recién encendidas daba una sensación irreal al corredor y a la sala, como los mundos subterráneos de las historietas. El ambiente se impregnó de olor a cera.

—Arturo, voy a preparar unas tostadas con palta para la hora del mate.

—No tengo hambre.

—¿De veras? Nada de nada.

—Nada de nada.

—Al menos toma-te[1] un té o matea conmigo unos minutos.

—Ya, bueno.

Miguel entró en la cocina maniobrando con precisión. Desde que había rehecho las baldosas no tenía problemas en hacerlo. Eligió una calabaza —tenía media docena— y puso el agua a hervir. Dos pilares café oscuro, de madera maciza, se erguían en una pared, cada uno a un costado de la cocina, con múltiples ganchos donde el hombre colgaba elementos culinarios. Sartenes, cucharones, cucharas de palo, bolsitas con especias. Tres tablones cruzaban de un pilar al otro, espaciados justo para sustentar una serie de otros elementos: frascos, ollas, un cuchillero de madera con los cuchillos más afilados, un canasto con cebollas y ajos, otro con tomates, paltas y limones. Uno de los tablones estaba reservado para los elementos necesarios para preparar bebidas calientes: un frasco con el café, una caja metálica de té, una caja de madera con divisiones para *yerbas*, dos frascos de *yerba* mate, un set de tazas pequeñas, cuatro tazones, un frasco abierto con bombillas y la media docena de calabazas para tomar mate. Las cosas se guardaban abajo, a la altura de una persona sentada, para facilitar su acceso.

1 Tanto aquí «toma-te» como en otros diálogos de la narración («sabés», «mirá vos», etc.), se imita el acento argentino, que a menudo acentúa las palabras en forma diferente al español formal.

El hombre tampoco tenía hambre, desistió de preparar la palta[2]. «No debería haber comido tanta pizza», pensó, «no es buena para mi hipertensión». Sentía el pitido en el oído izquierdo, la señal de que le había subido la presión. A los pocos minutos, estaban los dos sentados frente a la mesa de pícnic del patio, aspirando el líquido amargo y sabroso por turno, observando en silencio la belleza del atardecer. Era su hora favorita, cuando los pájaros trinaban suavemente el adiós al día, mientras las ranas, los grillos y los sapos daban su ruidosa bienvenida a la noche. Un aroma a pasto húmedo flotaba en la brisa, un milagro que ocurría solo a finales de invierno y comienzos de la primavera, porque el resto del año era árido. Sabía que el muchacho gustaba de este rato tanto como él, lo reconocía en su sereno silencio y en su mirada. El tiempo avanzaba lento a esa hora, los tonos del cielo variaban casi imperceptiblemente un buen rato y el poncho oscuro de la noche se cernía con delicada suavidad sobre el rancho. Los dolores de la vida se desvanecían en aquellos ratos, pasaban a otra dimensión, lejana, irreal, como la de los sueños. El horizonte perdía sentido, el cielo y la tierra se fundían a medida que escaseaba la luz, y por un instante se vislumbraba el infinito.

2 Al *avocado* se le llama «palta» en Argentina, Chile y otros países de Sudamérica. Al árbol se le llama «palto».

La magia de esa tarde acabó abruptamente con la llegada de la luz. Varias lámparas se iluminaron de golpe, todas a la vez. Miguel exclamó:

—Vaya, llegó la luz.

Los dos se miraron un segundo y sin saber por qué, se echaron a reír; Arturo corrió a apagar las velas. «Busqué agua por nada», pensó, cuando escuchó el chirrido de la bomba arrancando. Pero era invierno, había llovido toda la noche y parte del día y la luz se podía cortar de nuevo en cualquier momento. Las vasijas las mantendría llenas, por si acaso. Las tapó, como Miguel le había enseñado, para que el agua no se echara a perder.

La cena era siempre breve, a las nueve de la noche se servían los restos del almuerzo o las sobras del día anterior, salvo cuando estaba Lucía, que preparaba una cena propiamente tal. Por contraste, el desayuno era siempre opíparo —fruta, huevos, pan con palta, queso o mermelada, *hummus* casero— y el almuerzo relativamente generoso. Pero la cena era pequeña y breve. Acostumbraban después de la cena a leer o a ver alguna película arrendada, a través de un proyector. Miguel no tenía televisor, le cargaba ese aparato, con sus cambiantes destellos y su banal contenido, lleno de publicidad y propaganda. Había comprado uno hacía años, cuando estaba casado, porque Patricia, su esposa, gustaba de algunas series, pero él lo único que lograba al verlo era sufrir dolores de cabeza. Ella se lo llevó al

separarse y él nunca más adquirió uno. Arturo gozaba cuando le leían un cuento, y hacía un par de meses había comenzado a leer por su cuenta. Era otro de sus rituales, sentarse a leer juntos. En la cama del chico, con varias almohadas tras la espalda, se acomodaban a la luz del velador. Era un cuarto medianamente pequeño, con una ventana hacia el noreste por donde se colaban los rayos del sol en la mañana. Dos vigas de madera cruzaban el techo, y en una de las paredes Miguel había colgado algunas de las máscaras de su colección, que fascinaban al chico tanto como a él. Al medio del muro lucía una foto encuadrada de un cafetal en Colombia, la mejor de las que el hombre había tomado allí con una buena cámara, y que había hecho ampliar en Mendoza. En la pared frente a esta colgaba una gran plancha de cholguán donde Arturo pegaba cosas de su gusto, láminas de historietas, imágenes que recortaba, lo que él quisiera.

Hombre y niño habían engendrado una rutina llena de pequeños rituales. Ambos los necesitaban; esos ritos eran, en su conjunto, como un fuerte biombo contra los fantasmas del pasado. En las noches de luna llena salían a caminar, hiciese o no frío. Ninguno de los dos le hacía el quite al frío, y disfrutaban recorriendo los faldeos cordilleranos bajo ese manto crema, con el canto de las ranas en pleno apogeo.

Con el avance de la noche se desvanecía la magia y llegaba la hora más difícil. Hacía tres meses que

ninguno de los dos había tenido una pesadilla, pero ambos sabían que podrían reaparecer en cualquier momento. La sensación de que estos monstruos nocturnos acechaban detrás de la almohada era patente aún después de todo este tiempo. Hacía dos años que ambos visitaban psicólogos, distintos, evidentemente. Habían empezado con una vez a la semana el primer año, pero el presupuesto ya no daba para tanto y estaban ahora con dos sesiones al mes. La parálisis de piernas de Miguel —producto de una vieja herida en Vietnam, que dio por años la impresión que estaba sanada, pero había producido paulatinamente un severo desgaste— limitaba sus posibilidades de empleo, y los ahorros mermaban con el correr de los días. El siglo XX llegaba a su fin; la era digital estaba recién comenzando y no se acostumbraba a trabajar en línea. En el área de traducción, donde su buen inglés le era útil, había cada día más competencia. Durante un semestre había hecho clases técnicas en un instituto de educación adulta, pero con los gastos de transporte especial el resultado neto no compensaba el esfuerzo. Sin embargo, tenía tres gallinas, que correteaban por el patio y ponían huevos regularmente; una plantación de acelgas y otra de rúcula, que fueron las plantas de huerto que le resultaron mejor; y cuatro cajas de vidrio y madera para secar frutas, construidas por él mismo con ayuda del chico. En verano hacía mermeladas de ciruela y de damasco, que abundaban en la media docena de